

II Domingo Adviento

Isaías 40, 1-5. 9-11; 2 Pedro 3, 8-14; Marcos 1,1-8

«Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos»

4 Diciembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

**« El Señor no tarda en cumplir su promesa, como creen algunos.
Lo que ocurre es que tiene mucha paciencia con vosotros »**

Muchas veces pienso que nos importa demasiado el qué dirán y lo que los demás esperan de nosotros. Nos cuesta quedar mal y defraudar a las personas que nos importan. No queremos frustrar sus expectativas. Parece que esto nos importa más que dar respuesta a lo que Dios espera de nosotros. El otro día leía: «*Deberás aprender a no doblegarte ante lo que espera la gente de ti, a no plegarte siempre a sus criterios, a su valores, sino atreverte a mostrar tus diferencias, a veces incluso cuando éstas resulten molestas o incómodas. Abandonar la imagen que deseas dar a los demás y aprender a no preocuparte mucho de lo que opinen de ti*»¹. Porque nuestro peligro es vivir tratando de satisfacer los deseos explícitos o implícitos de las personas que nos quieren. No nos gusta hacer esperar a los que nos escriben un mail esperando respuesta; no podemos dejar de contestar una llamada insistente; nos cuesta tanto decir que no a alguien cuando nos pide un favor. Por otro lado, nos creamos una imagen de cómo somos, y nos esforzamos por mantenerla en toda ocasión. Vivimos exigidos por esa imagen construida con esfuerzo. Pensamos que no podemos fallar ni desilusionar a los que confían en nosotros. La decepción de los demás nos sobrecoge. No queremos caer ni fracasar. Decía Benedicto XVI: «*Antes que disgustar a alguien o disgustarse uno mismo, se pacta con la falsedad, con la deslealtad, con la mentira, con el mal*»². Por eso podemos llegar a caer en la mentira, para no defraudar, para no quedar mal. Podemos engañarnos a nosotros mismos por no desilusionar a otros. **Para no ofender renunciamos incluso a nuestra forma de ser y a nuestros principios.**

Las apariencias en la vida no deberían importar tanto, aunque a veces sí que importan. Juan aparece descrito por Marcos: «*Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre*». La descripción misma hace que sobren las palabras. Su aspecto, su radicalidad en su estilo de vida, son un testimonio auténtico. Isaías describe el hombre enviado por Dios: «*Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; Álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: -Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda. Mirad, viene con el su salario, y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres*»³. Es un hombre que grita en el desierto, que alza su voz, que busca como un pastor a su rebaño. Juan Bautista es el profeta enviado por Dios a cambiar los corazones. No le importa mucho el qué dirán sobre él. Es auténtico. No engaña. Es el padre, el pastor, el profeta; su vida indica hacia dónde seguir. Su testimonio habla por sí mismo. El otro día veía unas imágenes en la que un niño le hablaba a su padre y le decía: «*El tiempo que pasas conmigo, aunque sea haciendo cosas simples me va a dar un gran sentido de seguridad. La manera como vives tu vida está teniendo un gran impacto en mí. Gracias. No me sueltes. No te importe mostrarme tus fallos, tus*

¹ Laurente Gounelle, “No me iré sin decirte a dónde voy”, 40

² Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, “Sal de la tierra”, 74

errores. Yo aprenderé de ellos. Quiero que me muestres el camino. Te estoy mirando todos los días y, lo sepas o no, me estás enseñando a vivir.

El niño admiraba a su padre y se alegraba por su forma de vivir. Sus palabras y gestos, sus errores y aciertos, su cariño y sus triunfos. En la vida los gestos sí que importan y también la apariencia cuando es expresión del alma. Por eso importa el aspecto de Juan, su pobreza reflejada en la ropa. Su austeridad en la comida. Su radicalidad en el grito fuerte de su alma. Muchas veces las apariencias sí que importan. Su aspecto rudo y fuerte es signo que invita a la conversión. Una imagen vale más que mil palabras. Su mensaje tiene más fuerza en sus labios. En la educación importa más lo que hacemos que lo que decimos. Sabemos que la imagen no lo es todo y que las apariencias a veces engañan. Sin embargo, sabemos que una palabra sostenida por una imagen tiene una fuerza arrolladora. Las palabras de S. Juan en el desierto tienen la fuerza de su físico, de su imagen fuerte y apasionada. Nuestras palabras tienen fuerza cuando nuestra vida es coherente y concuerda con lo que gritamos. ¡Cuánto importa que nuestra imagen tenga que ver con lo que creemos! Para no confundirnos ni confundir. **Para que nuestra vida sea imitable. Para que nos puedan seguir sin miedo a caer.**

Pero la pregunta central siempre es la misma: ¿es posible cambiar? Nos tienta la posibilidad de no hacer nada, porque es mucho más cómodo. El otro día escuché una frase de Emilio Duró: «*En la vida hay que ser realistas y aceptar lo que somos*». Y pensaba en la importancia de conocernos y aceptar nuestros límites y grandeza, nuestras debilidades y fuerzas. El realismo ante nuestra vida nos libera de falsas proyecciones y nos da paz, porque nos hace vivir en el mundo, y no colgados de nuestras ilusiones imposibles. Sin embargo, el excesivo realismo puede llevarnos a conformarnos con lo que somos. ¡Cuántas veces desesperamos y pensamos que no es posible el cambio! Vemos nuestra pobreza y suspiramos: «*No hay nada que hacer, nunca voy a cambiar, seguiré siendo siempre el mismo*». En el fondo del alma nos gustaría vencer tantos límites, superar tantas debilidades. Incluso nos entristece caer una y otra vez en los mismos pecados. Es como si quisieramos llegar un día al sacerdote y decirle: «*Mira, ya no peco, soy un hombre nuevo sin pecado*». La confrontación constante con nuestras caídas nos puede llegar a desanimar. Y quisieramos entonces ser espíritus puros y perfectos, como dice S. Pablo: «*Inmaculados e irreprochables*». Para no volver a confesarnos, para no tener que mostrar a nadie nuestra debilidad. «*Sólo aprendemos de nuestros errores. El que no se equivoca, no aprende*», me decían hoy. Y pensaba entonces que nuestro camino de salvación es un don que Dios hace posible. El Adviento, por lo tanto, es una invitación a dar siempre más y a confiar en la gracia de un Dios que lo hace todo nuevo. Aunque hayamos caído ya muchas veces nos levantamos y aspiramos a más. **Queremos crecer más allá de nuestras fuerzas y no nos conformamos con los límites impuestos, con los resultados que nos hablan de fracasos.**

La verdad que nos da fuerzas es pensar que cambiar es posible. Sabemos que Dios quiere hacernos de nuevo, quiere «recrearnos», hacer de nosotros una nueva creatura a imagen de Cristo y de María. Añade Emilio Duró: «*Después, no tenemos que hacer lo de siempre. Si hacemos lo de siempre ocurrirá lo que siempre nos ha ocurrido. Es necesario que hagamos cosas nuevas para conseguir lo que queremos*». ¡Qué importante es la creatividad en nuestra vida! Nos acostumbramos a hacer las cosas de una manera y no queremos cambiar nada, aunque no nos gusten los resultados. En el fondo, nos asustan los cambios, proponer nuevos caminos. Sin embargo, sabemos que el cambio del mundo comienza con nosotros. Decía Gandhi: «*Nosotros mismos debemos ser el cambio que deseamos ver en el mundo*». Porque todo cambio comienza en nuestro corazón. El otro día leía: «*Estoy convencido de que cada uno de nosotros puede cambiar el mundo. A condición de no bajar los brazos, ni renunciar a lo que creemos justo, ni dejar que pisoteen nuestros valores*»³. Podemos cambiar. Es posible allanar las colinas y elevar los valles. Aunque nos parezca imposible.

³ Laurente Gounelle, “No me iré sin decirte a dónde voy”, 104. 106

Aunque creamos que los resultados siempre serán los mismos. Sin audacia nada cambiará. Si no nos atrevemos a hacer cosas nuevas, a probar nuevos caminos, no avanzaremos. Si no rezamos, no digamos: «*Es imposible, no tengo tiempo*». Busquemos alternativas, nuevas propuestas. Si caemos siempre en la ira, no digamos: «*Es normal, es mi defecto principal*». Hagamos algo para tener más paz. No bajemos los brazos, seamos originales, busquemos nuevas formas. Aunque corramos siempre el riesgo de perder. **Aunque nosotros no seamos los que veamos los cambios que nuestra vida provoca.**

El mensaje de Adviento es de consuelo y esperanza. Lo primero siempre es el amor que lo transforma todo: «*Consolad, consolad a mi pueblo; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido, su servicio, y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados*». Es un mensaje de misericordia, como dice el salmo: «*Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Voy a escuchar lo que dice el Señor: - Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La salvación está ya cerca de sus fieles, y la gloria habitará en nuestra tierra. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, la salvación seguirá sus pasos*». Sal 84, 9ab-10. 11-12. 13-14. Dios quiere nuestro cambio, pero quiere que cambiemos como fruto de su amor, nunca por temor. Decía el P. Kentenich: «*El instinto primario más importante no es el temor, sino el amor. Una prueba de ello es, entre otras, que si me vinculo a alguien a través del amor, lo tendré, lo captaré en toda su integridad; pero si la vinculación se ha basado en el temor, sólo tendré a esa persona mientras esté bajo mi autoridad*»⁴. El poder del amor es muy grande, porque es capaz de transformar nuestra vida y hacerla nueva. Sólo desde el amor somos capaces de arriesgar, porque confiamos: «*El amor puro y verdadero, no sólo une, sino que también transforma. Cuando todos los impulsos de mi corazón están atados a Dios, entonces toda mi persona es, y debe ser, un tabernáculo de Dios*»⁵. Ese amor que infunde en nuestras almas es capaz de todo. **Dios nos ama y, al amarnos, nos hace de nuevo, nos recrea, nos transforma a su imagen, vive en nosotros.**

Juan el Bautista nos muestra el camino con su fuerte voz y su radicalidad de vida: «*Está escrito en el profeta Isaías: - Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: -Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos*». Es el mensaje que nos invita a la transformación. Es necesario allanar los caminos porque viene el Señor. El profeta Isaías lo explica: «*Una voz grita: -En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos*». Isaías 40, 1-5. 9-11. En este tiempo de conversión, en este tiempo de Adviento, nos preguntamos: ¿qué queremos cambiar en nuestra vida para que venga Cristo? Tal vez nos gusta todo. Tal vez no hemos profundizado en el alma y no sabemos qué queremos cambiar. A lo mejor sólo intuimos que falta un poco de orden, pero no sabemos qué hacer. No siempre hacemos lo que queremos y acabamos haciendo en nuestra debilidad lo que no nos interesa. Nos dejamos llevar por la vida, o por los demás, sin saber poner un freno. La vida nos vive y nosotros vivimos con miedo. ¿Cuáles son los senderos que tenemos que allanar? ¿Y los montes que es necesario abajar? En nuestra vida hay obstáculos que si no los quitamos jamás avanzaremos. Hay situaciones de pecado enquistadas que nos impiden proyectarnos. Hay desánimos enraizados en alma que no nos dejan rezar. Hay honduras negras y turbias donde las aguas de Dios no logran limpiar nada. Porque nos cerramos al cambio. Porque nos cuesta demasiado esfuerzo. **Porque no queremos luchar y es más cómodo no hacer nada.**

Precisamente la llamada a la conversión es una preparación de la llegada del Señor:

⁴ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 41

⁵ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 27

«Juan bautizaba en el desierto; predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados, y él los bautizaba en el Jordán. Y proclamaba: -Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con Espíritu Santo» Marcos 1,1-8. El Bautismo de Juan es con agua. Espera el pueblo anhelante el bautismo del Espíritu Santo que transforme el corazón y limpie con su fuego las impurezas. Juan sólo prepara el corazón del hombre para la verdadera conversión del alma. Nosotros, como Juan, sólo damos el primer paso, luego el Señor ha de realizar lo demás y cambiar nuestra vida. El camino que siguen los que se acercan hasta Juan comienza cuando reconocen su debilidad y su pecado. ¡Cuánto nos cuesta reconocernos pequeños y débiles, necesitados y pobres! ¡Cuánto nos cuesta pedir ayuda y reconocer que solos no podemos! El orgullo, siempre nos pude el orgullo. La humildad de San Juan Bautista hoy nos impresiona. Él sólo es la voz que grita en el desierto; detrás de él llega el que nos dará la vida verdadera. Su vida no importa, sólo importa Cristo. **Y a nosotros nos importa demasiado nuestra propia vida, más que la de Cristo.**

El Adviento nos invita a volver la mirada al Señor y entregarle nuestra vida y nuestro tiempo. Benedicto XVI nos lo recordaba esta semana: «*Viene cada año a recordarnos esto para que nuestra vida reencuentre su justa orientación hacia el rostro de Dios*». Volver el rostro hacia Dios quiere decir que tenemos que ser capaces de apartar la mirada de nuestros afanes y preocupaciones, de los gritos del mundo, para escuchar sólo los gritos de Dios. Leía el otro día: «*Centra tu vida en la oración como guía. Rezar es la única vía posible para hablar con Dios. Si se desea mejorar, amar al prójimo, hacer el bien, acercarse en vida al cielo no hay otra manera más que con la oración*»⁶. Sólo en la oración logramos que Dios venga a morar en nuestro interior, logramos que el Señor tome posesión de nuestra vida. Ya lo decía el santo Cura de Ars: «*El hombre en el cual habita y reina la Santísima Trinidad no estima las voces del mundo y éstas no tienen predominio sobre él*». Pero a veces nos atraen demasiado los gritos del mundo, las llamadas de la tierra que nos busca. Por eso pensamos hoy como el P. Kentenich: «*Más que hasta ahora ha de tener Dios, el Señor, morada en mi corazón, y nadie debe ensuciar esta morada, nadie la debe tocar, nadie debe intentar meter la mano como un ladrón en esa morada*»⁷. Dios quiere habitar en nuestra alma y alejar la suciedad. **Dios quiere nacer en nuestra vida y cuenta con todo el tiempo del mundo.**

Porque para Dios el tiempo es relativo. Dios no tiene prisa. Así lo dice la segunda lectura: «*No perdáis de vista una cosa: para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa, como creen algunos. Lo que ocurre es que tiene mucha paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan. El día del Señor llegará como un ladrón. Entonces el cielo desaparecerá con gran estrépito; los elementos se desintegrarán abrasados, y la tierra con todas sus obras se consumirá*». Dios tiene paciencia con el hombre, espera su conversión y su cambio definitivo. Dios hará cumplir su promesa y nos dará la plenitud, mientras nosotros nos impacientamos y nos gusta que todo funcione cuando nosotros queremos. A nosotros se nos pide esperar mientras Él nos espera con paciencia infinita. Pero nuestra paciencia es bastante finita, es insuficiente, vivimos con prisas. Sufrimos nuestra impaciencia y la de los demás. Por lo general, no nos gusta perder el tiempo. Una de las tentaciones del hombre es intentar ahorrar tiempo para todo, como si el tiempo valiera oro, como si fuéramos dueños de nuestro tiempo. Uno de los personajes de la película «Margin call», en medio del comienzo de la gran crisis, recuerda con nostalgia el tiempo en el que él construyó un puente que le trajo un gran avance a la humanidad, porque ahorraba mucho tiempo en los desplazamientos. Destacaba como un gran logro ver reducidas las horas que invertían los hombres en el

⁶ María Vallejo-Nájera, “Un mensajero en la noche”, 248

⁷ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 33

traslado de una ciudad a otra. Frente a su trabajo actual, aquel puente había sido un beneficio para muchos. Parecía una gran ganancia ahorrar tiempo. El que le escuchaba le dijo: «*Tal vez algunos disfrutaban más haciendo el recorrido más largo y utilizando más tiempo*». Porque no siempre es tan importante ahorrar tiempo. El tiempo es un don de Dios y nosotros somos los que decidimos cómo invertirlo o perderlo. Tratamos de ahorrar tiempo, pero, ¿para qué? Lo fundamental es cómo invertimos nuestro tiempo. ¿Qué hacemos con nuestra vida? ¿Cómo usamos el tiempo ahorrado? ¿Cómo perdemos los días? Necesitamos ser más pacientes en la vida aunque a veces nos gustaría ver frutos inmediatamente. **Frutos sin esperar nada, casi sin esfuerzo. Pero Dios pide paciencia.**

Dios quiere encontrarnos santos e irreprochables. Decía el apóstol: «*¡Qué santa y piadosa ha de ser vuestra vida! Esperad y apresurad la venida del Señor, cuando desaparecerán los cielos, consumidos por el fuego, y se derretirán los elementos. Pero nosotros, confiados en la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia. Por tanto, queridos hermanos, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, inocentes e irreprochables*». 2 Pedro 3, 8-14. Tenemos razones para seguir esperando en los milagros. En el milagro más grande que es lograr que Dios haga con nuestro barro una obra de arte. En ese camino se nos pide que aceleremos nuestra santidad, que no nos conformemos, que el tiempo es un don que hay que aprovechar. Decía el P. Kentenich: «*¡Con cuánta frecuencia he luchado contra mi mediocridad! ¡Con cuánta frecuencia he oído, con tristeza, decir: -Eres un completo fracaso! ¡Cuán a menudo me he dejado influir por quienes me rodean y por el espíritu del mundo! Ahora escucho un mandato que resuena en mi alma: -¡No! No debo bajar a la tumba, no debo morir sin antes haber desarrollado al máximo mis talentos naturales y sobrenaturales!*⁸. Necesitamos acelerar nuestro esfuerzo por la santidad. No queremos ser mediocres, miserables en nuestra entrega. Aspiramos a más. Queremos más. La actitud debería ser la del beato Charles de Foucauld, quien, después de su conversión a los 28 años, decía: «*Enseguida que comprendí que existía un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que de vivir sólo para Él*». Y añadía: «*Quisiera ser lo bastante bueno para que ellos digan: -Si tal es el servidor, ¿cómo será entonces el Maestro?*». La misma reflexión surge hoy al ver a Juan el Bautista. Los que lo escuchaban pensarían en su corazón: «*Si así es el precursor, ¡cómo será el Mesías!*» Aspiramos a ser sólo la imagen visible de Dios invisible, la imagen imperfecta de un amor perfecto, la imagen débil de Dios. Si en nosotros ven reflejado un amor infinito, aunque nuestros límites muestren nuestra debilidad, podrán anhelar conocer a Aquel cuyo amor es misericordioso.

La verdadera santidad es una elección libre del hombre. La aspiración a la santidad no se puede imponer. Depende de nosotros. En nuestras manos queda la decisión. Sabemos lo importante que es saber bien lo que queremos y decidirnos conscientemente por ello. El otro día leía: «*Los estudios demuestran que todos nos sentimos más atraídos por los que asumen sus elecciones y viven lo que han decidido vivir*⁹. Nuestra decisión es importante. Siempre estamos en búsqueda y esa necesidad nunca debería desaparecer. Si desaparece nos estancamos. Somos buscadores de la verdad. Una persona me comentaba: «*Soy una buscadora profesional, una exploradora que busca; es como si tuviera dentro un ansia de lo espiritual que no me deja pararme, que no me deja estar satisfecha con lo que ya tengo*». ¿Tenemos nosotros esa ansia espiritual, ese deseo de avanzar, de crecer, de llegar siempre más alto? Es el comienzo de nuestro camino de santidad, es nuestra primera decisión. Si no surge en el corazón el anhelo de ser santos, de hacer lo que Dios nos pide, nos estancamos y no avanzamos. La santidad es la estrella que ha de brillar ante nuestros ojos en este camino del Adviento. Miramos a María, miramos a Cristo, caminamos con la esperanza puesta en Dios. **Él viene a cambiarnos el corazón y a habitar en nosotros.**

⁸ J. Kentenich, “Santidad, ¡Ahora!”, 141

⁹ Laurente Gounelle, “No me iré sin decirte a dónde voy”, 43